

HOMILIA

Jairo Bernal, S.J.

Nos reunimos en torno al altar para celebrar la Eucaristía y despedir a un gran amigo que ha muerto.

Alvaro recibió el Bautismo, por el Bautismo se unió a la muerte y resurrección de Cristo y alcanzó así la filiación divina. Alvaro es un Hijo de Dios.

Sentimos sus familiares y amigos una profunda tristeza al despedirlo, pero al mismo tiempo nos consuela la fe en el Señor que murió, pero por su resurrección venció la muerte y el pecado, invitándonos a compartir con él la vida eterna. Nos gustan mucho los días despejados, el cielo azul, el sol esplendoroso, su tibia caricia sobre nuestra piel, pero muchos días el cielo está nublado, sentimos frío y una tristeza en el alma. Miramos las nubes bajas, negras, amenazadoras, pero sabemos que el sol no ha muerto, que sólo está oculto, que las nubes se desharán en lluvia y que lo volveremos a ver y a sentir.

Así nos sucede a los cristianos cuando un amigo verdadero muere, sentimos su ausencia pero nos reconforta su recuerdo y vivimos en la esperanza del reencuentro, de volvernos a ver con él, en una fiesta sin fin, en la casa del Padre.

En la liturgia de la Pascua se llama a Jesucristo el lucero de la mañana, que anuncia la salida del sol, cuando Quetzalcoatl, el Dios del Bien murió, renació como Venus -Tlahuiscalpante-cutLi el lucero de la mañana. Como estudioso de las culturas Alvaro muchas veces encontró la idea de la resurrección presente en prácticamente todos los pueblos.

Alvaro sigue viviendo en el recuerdo de quienes lo quisimos, a quien tanto le gustaba viajar, emprendió el Camino del encuentro, con quien se definió a sí mismo, como Camino, Verdad y Vida.

Quien tanto amó la Verdad ahora se encontró en quien es Vida.

Pidámosle al Padre que nos ama, que también nosotros podamos llegar a su casa y celebrar un banquete de reencuentro, así como hoy celebramos el banquete de la Eucaristía.